

**Texto íntegro del Pregón de la Semana Santa de Palencia 2016 pronunciado el 17 de marzo en la Iglesia Conventual de San Pablo por Don Julian Cuadrado.**

Ilmo. Sr. Vicario General y Administrador Apostólico de la Diócesis de Palencia, Ilmo. Sr. Presidente de la Hermandad de Cofradías Penitenciales de Palencia, Ilmos. Sres. Alcalde, Subdelegado del Gobierno, Presidenta de la Diputación, Delegado Territorial de la Junta de Castilla y León, Excmas. e Ilmas. Autoridades civiles, militares y académicas, Diputados, Senadores y Procuradores, Hermanos Mayores de las Cofradías palentinas, Cofrades de Palencia, familiares, compañeros, queridas amigas y amigos todos:

Antes de iniciar la lectura del pregón anunciador de la Semana Santa de Palencia, cuando todavía están presentes en mi memoria los aplausos que premiaban a la pregonera anterior, nuestra Vicerrectora y cofrade Mercedes, así como los merecidos elogios a quienes me han precedido en el uso de la palabra, pregoneros de gran talla humana e intelectual, quiero manifestar a la Hermandad de Cofradías y, en su nombre, a su Presidente, mi querido Hermano Mayor Ángel Martínez, pues soy cofrade del Santo Sepulcro, pero también a todos los Hermanos Mayores de las distintas cofradías penitenciales, mi gratitud, de todo corazón, por el regalo inmenso y espléndido que habéis concedido a este cofrade palentino al haberle encargado el alto honor de pregonar a los cuatro vientos la Semana Santa Palentina, en la hermosa y bellísima Iglesia Conventual de San Pablo, ante la bendita y sagrada imagen de Santo Domingo y bajo la mirada de la Virgen María.

Confieso honestamente que jamás imaginé que pudierais confiar a mi humilde palabra la misión de pregonar nuestra internacional y querida Semana Santa...; Ángel, cuando me lo comunicaste, no pude por menos que pensar en la enorme responsabilidad que adquiriría y cómo saldría airoso de tal solemne y trascendental acto, pero también muy honrado por el inmenso privilegio que tal encomienda suponía y, por ello, he tratado de poner todo el cariño, hondura de sentimientos y devoción.

Dar las gracias a mi presentador, por sus palabras, ensalzando los méritos y olvidando las carencias; así es como se porta un hermano.

Deseo que mis primeras palabras sean de emocionado recuerdo para mi padre y mi hermano, Secretarios que fueron de la Cofradía del Santo Sepulcro, así como para todos los cofrades que, como ellos, ya no están entre nosotros, pero que han sido quienes nos han transmitido la llama viva del amor a la Semana Santa y el orgullo del sentimiento cofrade.

Tengo que dar gracias a Dios por haber nacido en el seno de una familia cristiana y

cofrade, por haberme inculcado el amor por mi tierra, sus costumbres y tradiciones y, dentro de éstas, a la Semana Santa..., por ello, hemos de demostrar cómo vivimos y sentimos los palentinos la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, proclamando en voz alta y sin escondernos los valores que se han ido depositando en nosotros desde pretéritas generaciones. Es en las calles donde habita la memoria de nuestra Semana Santa, porque allí la vivieron y nos la enseñaron nuestros mayores. Por sus rincones y aceras aprendimos a ver cofradías, a sentirlas como propias y a quererlas a todas. Nosotros estamos aquí hoy porque antes ellos nos legaron su fe, nos enseñaron a rezar delante de un "paso" y a reconocer a Cristo y a María en sus imágenes.

Mis primeros recuerdos de la Semana Santa se remontan a los ejercicios espirituales que nosotros, los entonces alumnos del Instituto "Jorge Manrique", el "viejo" que dicen ahora, teníamos que realizar en la Iglesia de Nuestra Señora de la Calle, "La Compañía", como preparación para días tan señalados; tenían un estricto y riguroso contenido religioso, se impartían por el sacerdote desde el púlpito, y todavía tengo en la memoria la sensación de las consecuencias del pecado; eran los años sesenta y teníamos ocho o diez años.

Las imágenes de las Iglesias se cubrían con telas moradas, los cines y bailes cerraban desde el Miércoles Santo al Domingo de Resurrección, no había música en los bares, únicamente la religiosa que emitían las emisoras de radio, no teníamos televisión, era un privilegio reservado a unos pocos, no se podía cantar, era el preludio de la Semana Santa, pero lo que de verdad marcaba su llegada era el inicio de los desfiles procesionales.

Los niños crecíamos rápidamente, nuestras madres tenían que hacer arreglos en las túnicas, en las capas, luego plancharlas para que no tuviesen ninguna arruga y disimular los dobladillos del año anterior... Y nosotros, que hacíamos? En mi caso, mi padre era cofrade del Santo Sepulcro, pero también del Cristo de la Misericordia. Mis primeras participaciones en los desfiles profesionales fueron con esta última Cofradía; yo quería salir, el dinero en las casas no era mucho y había que adaptar la túnica de los mayores; recuerdo con qué ilusión preparábamos los faroles, aquellos que eran de madera y la tulipa de cristal semejava una llama.

Las procesiones de antes no eran muy distintas a las de ahora, más austeras en lo material porque aquella época también lo era; los empleados de la limpieza, con aquellos carros metálicos, uno por cada lado de la calle, nos anunciaban que la procesión estaba al llegar; a los pocos momentos aparecía la Cruz de Guía de la Cofradía organizadora, la Banda de Tambores y Cornetas de la Cruz Roja -no había otras-, las filas de cofrades y penitentes, los diferentes "pasos", escoltados algunos de ellos por miembros del Ejército de Tierra o de la Guardia Civil, con los fusiles a la "funerala", las Autoridades, la Banda Municipal de Música y cerrando la procesión una pareja de la entonces Policía Armada, también uno por cada lado de la calle, que contribuía -y de qué manera- a guardar el orden y la compostura de todos.

¿Cómo no recordar el impacto que nos producía la figura del Gobernador Civil, vestido con imponente guerrera blanca y camisa azul, la solemnidad con que dirigía el "Vía Crucis" don Carlos Rodríguez Serrano, profesor de muchos de nosotros o las interminables palabras del entonces Obispo de Palencia, Reverendísimo Don José Souto Vizoso?

¿Cómo no recordar también el colorido y la alegría del Domingo de Ramos, la preparación de las palmas, de las túnicas, los largos trayectos de algunas procesiones, y también el luto, el silencio y el recogimiento del resto de los días?

¿Cómo no recordar las obligadas visitas a los, al menos, siete Monumentos, rezando ante los altares eucarísticos que cada Iglesia y Congregación Religiosa montaban con gran esmero y belleza? Y la recogida de Agua Bendita el Domingo de Gloria. En realidad, todo o casi todo, igual que hoy, poco se ha cambiado en las formas, cuestión distinta es el fondo.

La Semana Santa palentina es pasión en todos los sentidos, la Resurrección de Cristo es el fundamento de nuestra fe y la ventana de nuestra esperanza..., cuando desfilan nuestras procesiones, nuestros "pasos", se remueven en nuestro interior sentimientos y sensaciones..., es una de las señas de identidad de la ciudad; algunos pueden dudar de los merecimientos para que sea "internacional", y aquí es donde todos, sin excepción, autoridades, instituciones, comerciantes, cofrades y ciudadanos, pues además de ser una celebración religiosa, es también un acontecimiento social importante para la ciudad en general, debemos mostrar y hacer saber a todos, a los de aquí y a los de fuera, que tenemos argumentos más que suficientes para su "internacionalidad"; que no tenemos nada que envidiar a las celebraciones de otras capitales o pueblos; que tenemos unas preciosas imágenes a las que daremos vida; nuestros "pasos" estarán vestidos con las mejores galas y adornados con preciosas flores; gentes de toda clase y condición presenciarán las procesiones; cofrades con sus hábitos, varas o faroles alumbrarán las noches; estandartes y pendones de las cofradías que, en un singular abrazo, propio, característico y único de nuestra Semana Santa, servirán de saludo solemne y de hermandad cofrade; el "tararú"; la "llamada de hermanos", las "colaciones" y muchas cosas más.

La Semana Santa es patrimonio nuestro, de todos los palentinos; es un legado secular de nuestros antepasados, compendio de fe, tradición y costumbre que no podemos defraudar, ya que esta Semana Santa, que hoy vivimos, experimentamos y celebramos, se la debemos a las generaciones pasadas.

Permítanme ustedes, permitidme vosotros, proponeros un viaje, un recorrido por nuestra Semana Santa, por su grandeza, solemnidad, austeridad, serenidad y autenticidad, virtudes que caracterizan al espíritu castellano, viaje cuyo punto de partida comienza con una visita al "Monumento al Cofrade", situado a la entrada de esta Iglesia Conventual, y que debe ser expresión de lo que representa aquella para Palencia y los palentinos; comencemos, pues, desde aquí un recorrido por todos los desfiles procesionales. Permitid pues a este pregonero que, con brevedad pues el tiempo apremia, y no sería correcto abusar de vuestra paciencia, intente referirse a las procesiones que dentro de escasos días recorrerán las calles y plazas de la ciudad.

Es Viernes de Dolores y la Cofradía más moderna, la Hermandad Penitencial de Nuestro Padre Jesús de la Sentencia, abrirá los desfiles procesionales; la salida del "paso" titular, a hombros de los costaleros; ver avanzar el "paso", ver cómo le "bailan" a lo largo del recorrido es algo que les recomiendo, al igual que la lectura de la "sentencia" ante la Iglesia de San Agustín. Es medianoche, la procesión finaliza y acaba también en la Iglesia de Santa María Estela, su sede canónica, y allí queda el "paso" de Nuestro Padre Jesús de la Sentencia, habiendo dado toda una lección de catequesis en la calle.

Sábado de Dolores, la Hermandad Franciscana de la Virgen de la Piedad partirá, a última hora de la tarde, desde la Iglesia de San Agustín, a un nuevo barrio palentino; la salida en silencio, sólo roto por el tambor y la carraca, ... la imagen de la Virgen de la Piedad, de una gran belleza, nos transmite su pena, nos llena los ojos de lágrimas y nos hace ver su dolor de Madre ante la muerte de su Hijo. Acompañemos a nuestra Virgen de la Piedad, la mejor maestra, modelo y guía para vivir los misterios pascuales de Cristo, verlos con sus ojos y sentirlos con su corazón. En Ella, como en espejo purísimo, se mira la Iglesia entera y ve realizado plenamente lo que ansía y espera ser. Asistimos a la entrada con el mismo silencio y recogimiento. La "Procesión de la Piedad y Reconciliación" ha terminado.

Amanece un día radiante, es Domingo de Ramos, ese que se dice que "quien no estrena no tiene manos"; la primavera esta cerca, por las calles, niños con sus palmas caminan hacia sus Cofradías para participar en la tradicional procesión de "La Borriquilla"; bendiciremos las palmas a la puerta de la Cofradía del Santo Sepulcro, palmas que se pondrán después, como sacramentales, en las cabeceras de las camas o en los balcones. Eucaristía en la Catedral y procesión... todos los cofrades, pero sobre todos los niños, esperando que "La Borriquilla" eche a andar, que recorra las calles palentinas llenándolas de alegría, colorido, música y gentes. Y llegamos al final, a la sede de la Cofradía organizadora. La "Borriquilla" hace su entrada entre los sonos de la Banda de Música y el batir de palmas; aquello impresiona, cientos de palmas agitándose como las olas, como un mar de trigo, entre el vistoso colorido de las túnicas de los cofrades.

La alegría ha terminado; llega la tarde y la Cofradía de la Santa Vera Cruz organiza la procesión del "Santo Rosario del Dolor"; la austeridad, el sufrimiento y el recogimiento se hacen presentes; el cortejo en perfecto orden procesional, solo alterado por el gentío que se mezcla con los cofrades, irá desgranando los Misterios en su recorrido hasta llegar a los pies del Cristo del Otero. La tarde cae y llega la noche, hay que regresar; el escenario es bellissimo, un paisaje serpenteante, Nuestra Señora del Dolor y el Santísimo Cristo de la Vera Cruz alumbrados por las velas y faroles de los penitentes.

Tarde del Lunes Santo, la puerta y los arcos de la Iglesia de San Francisco la arrojan en su salida. Es la "Procesión de las Cinco Llagas" organizada por la Cofradía Penitencial de Nuestro Padre Jesús Crucificado y Nuestra Madre Dolorosa. Acto de Vestición y Jesús, en su tumbada Cruz, a hombros de los cofrades y escoltado por la Policía Local, iniciará su camino doloroso por calles y plazas, representando instantes significativos y elocuentes de la Pasión de Cristo, el canto a sus cinco "llagas".

Martes Santo. La Archicofradía de la Real e Ilustre Esclavitud de Nuestro Padre Jesús de Medinaceli organiza la "Procesión del Prendimiento"; la Iglesia de San Miguel es el escenario; con voz serena, un hermano nazareno golpea tres veces con la vara la puerta cerrada y, abriéndose, tendrá lugar el acto del "prendimiento", sonará su Himno y se iniciará la Procesión. Es gratificante ver y constatar cómo este sencillo acto atrae a numerosísimas personas, manifestando su devoción por Jesús de Medinaceli.

La tarde del Miércoles Santo se dispone a cruzar el ecuador de la Semana Santa. Iglesia de Nuestra Señora de la Calle, sede canónica de la Hermandad del Santísimo Cristo de la Misericordia, donde los hermanos cofrades, con gran esfuerzo, ultiman todos los detalles para iniciar su "Procesión del Santo Viacrucis". La banda de cornetas y tambores

dispuesta a rendir honores al Cristo de la Misericordia, el resto de las Cofradías en la Plaza de Isabel La Católica.

El Cristo de la Misericordia, que es una preciosa y severa imagen del Crucificado, sale en su imponente carroza, una de las más hermosas de la Semana Santa Palentina. Un Escuadrón de la Policía Nacional a caballo abre la procesión..., el destino nuestra Plaza Mayor, que va a ser escenario de la Pasión. El "Vía Crucis" comienza, se apagan las luces, el ambiente es de gran recogimiento, el acto verdaderamente conmovedor y..., al ver pasar delante nuestro cada una de estas escenas, tal vez seamos capaces de alzar la vista, mirar a lo alto y darnos cuenta de que la dimensión trascendente del ser humano se hace hoy más necesaria que nunca. El Vía Crucis ha terminado y el Cristo de la Misericordia vuelve a su Iglesia, con los mismos honores que a su salida.

La tarde y la noche se tornan en una sola, dos procesiones están a punto de salir; ambas están impregnadas de austeridad religiosa y sentido penitencial.

La primera, "Procesión de Luz y Tinieblas", organizada por la Cofradía de la Virgen de Piedad, se nos presenta de forma humilde, los cofrades vestidos con espartanos ropajes franciscanos. Iglesia de San Agustín, celebración del Oficio de Tinieblas a la luz de las velas, ruido de carracas, comienzo de la procesión, Plaza de la Inmaculada, la Catedral y... Puentecillas; al cruzarle, la imagen del Cristo del Señor de la Vida y de la Muerte se refleja sobre las aguas del río Carrión iluminadas por la luz de la luna, la estampa es bellísima; la comitiva llega a la Iglesia de Allende el Río, oración en memoria de los difuntos. Los cofrades regresan, se dirigen a la Plaza de San Francisco. Es media noche y está saliendo del interior de su sede la "Procesión de la Quinta Angustia", organizada por la Cofradía Penitencial del Santo Sepulcro. El repetido sonar de un tambor destemplado invade la ciudad, rompiendo el silencio los cantos del coro; se desfila en silencio, el público acompaña, escoltando todos a la Virgen, adornada con preciosas flores, que es llevada a hombros por los cofrades soportando el esfuerzo del peso como un compromiso de devoción a su Virgen. Frente a la Iglesia de las Claras, ante el "Santísimo", el "Encuentro con la Cruz". El atrio de la Iglesia conventual de San Francisco, acoge la unión de las dos procesiones y, como si de una sola se tratara, veremos el desarrollo de un sencillo, pero acogedor Acto Penitencial..., el encuentro entre la Virgen María y Cristo Crucificado. Jueves Santo, uno de los jueves del año que reluce más que el sol; "Procesión del Indulto", una elegía al perdón, un día que debería amanecer con aires de libertad y un preso tendría que estar esperando en la Plaza Mayor la concesión del "indulto" en este Año de la Misericordia, que da nombre a la cofradía titular; se había recuperado la tradición, hemos perdido una oportunidad, esperemos que en años venideros, tradición y oportunidad se unan como expresión popular de perdón y reconciliación para que todos podamos convivir en paz y libertad.

Al atardecer, cuando se vislumbra el azul de la noche, la Cofradía de la Santa Vera Cruz va a hacerse presente en la ciudad; comienza la "Procesión de la Oración del Huerto"; los "pasos" son numerosos pero, sobre todos ellos, "La Santa Vera Cruz Lignum Crucis" y "Nuestra Señora de la Vera-Cruz", llevados a hombros de sus cofrades. Tras los toques de campana, los pasos avanzan, lentamente..., la Vera Cruz en lo alto, la Virgen bajo palio y con un precioso manto; detrás, con devoción, mujeres con mantilla española.

El transcurrir por las calles de esta magna procesión es presenciado por un gran gentío que aplaude la maestría de los cofrades cargadores al pasar por los "cuatro cantones"; la procesión es larga, pero al fin finaliza en la sede de la cofradía.

Allí tiene lugar uno de los más emotivos actos de nuestra Semana Santa; impresionante y conmovedor es el baile de su "Virgen"..., "al Cielo con Ella", grita alguien, entre los sonos de la música; las gentes estallan en una explosión de amor indescriptible, y se resisten a encerrarla, quieren que continúen elevándola al Cielo.

La Vera Cruz, ha terminado su procesión, dejando paso a la Cofradía de "Nuestro Padre Jesús de Nazareno"; es la una de la madrugada, ya es Viernes Santo, todo está preparado para el comienzo de la "Procesión del Silencio y Penitencia" desde la Plaza de San Pablo, desde su Capilla; los nazarenos abren camino a las escenas de dolor por las calles a oscuras, iluminadas únicamente con los ciriales, velas de los cofrades y del numeroso público; absoluto silencio, salvo el sonido de un timbal, ante Jesús Nazareno, en su largo y doloroso camino hacia "El Calvario", a hombros de los recios hombres de esta tierra nuestra, que cargan sobre ellos todo el peso del drama más grande que jamás han contemplado los siglos; en ese peregrinar sobrecogedor y maravilloso, lleno de silencio, tendrán lugar las tres "caídas"; el retorno a su Capilla y la lectura de un soneto, ponen fin al desfile procesional.

El Viernes Santo tiene algo especial, algo que está el ambiente, en las calles, adueñándose de la multitud que presencia la "Procesión de los Pasos", la mañana se tiñe de morado, el color de los "nazarenos".

"Nuestro Padre Jesús Nazareno" y "Jesús Nazareno con el Cirineo", escoltado por un piquete de la Guardia Civil, Hermano Mayor Honorario, abren la procesión; después, los demás "pasos", entre ellos, "Nuestra Madre la Virgen de la Amargura"; una expresión de religiosidad popular contempla con recogimiento y fervor el desfile procesional; nuevamente el sufrimiento de unos hombres descalzos, en lento caminar, que llevan sobre sus hombros la representación de la Pasión y Muerte de Jesús.

Plaza Mayor, homenaje a los difuntos y retorno a la Plaza de San Pablo; la procesión ha recorrido las calles con austeridad y devoción; ahora, el pueblo, las gentes, van a presenciar, con gran fervor, la conmovedora despedida del Hijo de su Madre, otro de los momentos importantes de nuestra Semana Santa; Jesús de Nazaret, consciente de su destino, se inclina por tres veces ante su Madre, la Virgen de la Amargura, una Madre que aún guarda en su corazón un hueco para la Esperanza. La despedida ha terminado y las imágenes, a los sonos de la música, vuelven a la Capilla para ser permanentemente veneradas.

Al atardecer del Viernes Santo imagino a los cofrades del Santo Sepulcro esperando la hora para sacar de nuevo su "Procesión del Santo Entierro"; la visión de Cristo yacente en su preciosa urna, sobrecoge.

Pero antes, en la Plaza de la Inmaculada, junto a los muros de la Catedral, tendrá lugar otro de los actos centrales de nuestra Semana Santa, la emotiva "Función del Descendimiento"; el "desenclavo" es contemplado por los asistentes con gran recogimiento y silencio, expresión de honda piedad popular, pues es la representación del traslado del Cuerpo de Cristo descendido de la Cruz y conducido al Sepulcro.

Comienza la procesión; ... lentamente, el "Santo Sepulcro", a hombros de los cofrades, escoltado por la Policía Nacional, Hermanos Mayores Honorarios, atraviesa la Puerta de Santa María; la gente en silencio, ligeros murmullos, es Cristo que ha muerto por nosotros, por nuestra redención; detrás la "Virgen de los Siete Cuchillos" con el corazón traspasado por las siete espadas del dolor. La tradición se repite, Jesús es llevado a enterrar, y el pueblo lo observa en silencio, con fervor, dando muestras de la profundidad de su fe cristiana.

La Pasión y Muerte de Jesús ha calado los sentimientos, pero llega la despedida, el adiós de la Madre a su Hijo, de una Madre que llora lágrimas de amargura, una Madre Dolorosa cuyo corazón ha sido traspasado por el dolor incomparable de ver a su Hijo torturado, moribundo y cadáver, de una Madre que, con su soledad, viene a decirnos que no estamos solos, que existe la fe, la esperanza y la libertad; a los sonos de una marcha fúnebre el "Santo Sepulcro", en el que yace muerto Jesús, enfila la Capilla para reposar en ella hasta el año siguiente. El acto es sublime..., y sobrecogedor el relato final de la representación de la Pasión y Muerte de Jesucristo.

El Sábado Santo es un día de luto y tristeza pero también de esperanza, ya que los fieles viven un expectante silencio, aguardando el glorioso mensaje de la Resurrección de Cristo.

A la caída de la tarde, la "Procesión del Dolor" saldrá hacia la Plaza Mayor, para unirse a la "Procesión de la Soledad de la Virgen", organizada por la Cofradía de la Soledad; ya es noche cerrada cuando los cofrades vuelven a recorrer las calles palentinas; las mujeres que visten mantillas españolas son expresión del luto que se respira en el ambiente; el silencio en las calles es patente al ver pasar a "Nuestra Señora de la Vera Cruz", "Nuestra Madre la Virgen de la Amargura", "Nuestra Madre Dolorosa", "La Virgen de los Siete Cuchillos" y, a "Nuestra Señora de la Soledad", orgullo de las mujeres palentinas, escoltada por el Cuerpo de Bomberos; todas ellas reflejan en su rostro el sufrimiento de muchas madres que imploran para que en sus hijos broten los principios y valores humanos, éticos, espirituales y de amor a Dios, tan abandonados hoy día.

La procesión, que ha estado seguida por los rezos silenciosos, regresa a su inicio, la Plaza de San Francisco; las "Vírgenes" se colocan en el centro, y Nuestra Señora de la Soledad a la puerta de su Capilla; una cofrade interpreta una canción y la música pone fin al desfile procesional; la Madre de Dios, Nuestra Señora de la Soledad se recoge con la tristeza profunda reflejada en el rostro.

El luto y el silencio dejan paso a la alegría, al día en que Jesús venció a la muerte y nos ofrece la vida eterna; es el Domingo de Resurrección, Domingo de Pascua, domingo alegre y luminoso en el que tiene lugar el último de los desfiles del ciclo procesional de nuestra Semana Santa, la "Procesión del Rompimiento del Velo", que organiza la Cofradía de la Santa Vera Cruz, conmemorando el encuentro de la Virgen que, cubierta con un velo negro, espera a su Hijo, que ha resucitado; la procesión se dirige a la Plaza Mayor, los niños van a ser los protagonistas retirando los enlutados de la Virgen, la Banda Municipal de Música hará partícipe a todos de la alegría de la Resurrección que nos anuncia la presencia del "Santísimo", llevado bajo palio por los hermanos cofrades; la procesión se reanuda, con el ruido de los festivos petardos, camino de la Iglesia Conventual de San Pablo, donde tendrá lugar la tradicional celebración de la Eucaristía.

La Semana Santa es, además de una celebración religiosa, la semana más importante para todos los cristianos, de la confesión que sean, en la que la ciudad exterioriza su fe, sus arraigadas creencias cristianas; es la presencia de Dios en nuestras calles que algunos, bajo peregrinos prejuicios, tratan de menospreciarla, cuando no suprimirla, de nuestros pueblos, de nuestras ciudades, de nuestra querida España, olvidando que la Semana Santa va mucho más allá de un simple período de descanso, que la Semana Santa es la celebración de la Pascua, o lo que es lo mismo, la celebración de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, misterio central de la fe..., y ello nos lleva al sentido cristiano de la Semana Santa, lo que se celebra y se conmemora en cada uno de los días de estas auténticas fiestas mayores para los cristianos.

La Semana Santa, y en concreto la Pascua, es de las primeras festividades que se comenzaron a celebrar en el cristianismo, era sin duda el acontecimiento central de la vida de aquellas pequeñas comunidades de creyentes. A partir de aquí se empezó a conmemorar los días previos a la Resurrección..., la Pasión y la Muerte que lleva a la Vida.

El Domingo de Ramos, Cristo hace una entrada espectacular en la Ciudad Santa de Jerusalén, y lo hace entrando por el torrente Cedrón, por el lugar que debía llegar el Mesías esperado. Pero lo hace, no como lo esperaban los poderosos de tu tiempo. Ellos esperaban un gran caudillo que los liberara de la opresión, como lo habían anunciado los profetas. En aquel momento, lo que veían los dirigentes político-religiosos era la opresión y la ocupación del Impero Romano. Jesús no entra en la ciudad santa de modo victorioso, sino sencillo y en una burra, no en un brioso caballo, propio de un caudillo libertador. Para los sumos sacerdotes esto era poco menos que una burla. Jesús viene traer un Reino, libre sí, pero no al estilo político. Viene a liberar a la humanidad de la opresión del pecado y del mal, que es un imperio más opresor y amenazador de lo que podía ser el Impero Romano en su tiempo. De hecho, quienes aclaman a Jesús no son los ciudadanos de Jerusalén o las tropas de mercenarios revoltosos, cosa habitual en aquel tiempo. Lo aclaman los niños, que cantan y vitorean al paso de Jesús; por eso siempre la entrada de Jesús en Jerusalén está vinculada a los niños.

El Jueves Santo tiene tres acontecimientos destacados. La Institución de la Eucaristía, la Institución sacerdotal y el Día del Amor Fraternal.

Cristo se quiere quedar entre nosotros, y lo hace de un modo sencillo en la presencia eucarística, que es el alimento para la salvación del mundo. Nos invita a darnos y a hacer este memorial en su recuerdo... "haced esto en memoria mía". Otro gesto es el del servicio y el de la entrega sin condiciones. El mismo Jesús nos enseña la actitud de este servicio, en el gesto del "lavatorio de los pies". Que todo un Dios se ponga de rodillas a lavar los pies a unos cuantos pescadores, nos indica cual debe ser el sentido de la Semana Santa, no solo sacar "pasos" a la calle, sino revivir esta actitud de entrega y servicio a los demás..., "lo que yo he hecho con vosotros, hacerlo también vosotros, los unos a los otros" pues, como nos ha dicho, su único mandato es "que nos amemos unos a otros como Él nos ha amado", y nos amó hasta el extremo de morir por nosotros.

Es el día en que también se celebra la angustia de Jesús en el Getsemaní, el abandono por parte de sus amigos y la confianza plena en Dios Padre. Es la disponibilidad total para cumplir los planes de Dios..., "hágase Tu voluntad y no la Mía". Es el día en que la Iglesia



acompaña a Jesús en su soledad, mediante la tradicional visita a los Monumentos, costumbre muy arraigada en esta Castilla nuestra, y que debemos impulsar.

El Viernes Santo tiene como centro de la liturgia la Pasión y la Cruz. Cristo está muerto, y es el único día del año que no se celebra la Eucaristía. La lectura solemne de la Pasión y la Adoración a la Cruz es la única acción litúrgica que se hace en este día de silencio y austeridad; no hay flores, no hay casi música, y detalles, tales como que los altares se queden sin velas, ni manteles, son gestos externos de la realidad que vive y celebra la Iglesia. Cristo ha muerto y las imágenes del crucificado toman el protagonismo en este día. Los tradicionales sermones de las Siete Palabras de Cristo en la Cruz, el Descendimiento y el Santo Entierro, o las procesiones que muestran la Pasión y Muerte marcan la vida del día de hoy. El silencio, el luto y la Madre Dolorosa en su Soledad, evocan la desgracia de la humanidad, que no es feliz porque ha matado a Dios y ahora se siente huérfana.

El Sábado Santo es también día de silencio y, por qué no decirlo, de esperanza. El Señor nos ha prometido que resucitará, y toda la humanidad espera expectante. Cristo está en el sepulcro, y la Iglesia acompaña a María en su dolor y soledad. No hay acción litúrgica hasta llegada la noche, cuando se celebra la solemne Vigilia Pascual, la noche de las noches, la alegría y el gozo de la Resurrección de Cristo. Es, sin lugar a duda, la liturgia más elaborada y solemne de cuantas se realizan en la Iglesia. Es la noche en que se celebra nuestra razón de ser. Vivimos por la vida de Cristo, que ha sepultado la muerte y ha triunfado sobre ella. Nada de lo que celebremos en la Semana Santa, o el resto del año, tiene sentido sin la celebración y la vivencia de la nueva Pascua, que nos lleva de la muerte a la Vida; es en esta noche cuando comienza la razón de ser cristianos.

En el Domingo de Resurrección la noche de la Luz no se interrumpe y la celebración continúa..., se inaugura el gran tiempo de la Pascua. María se llena de gozo en el encuentro con su Hijo resucitado, y nosotros, de un modo especial, ese encuentro lo realizamos con Jesús vivo y presente en la Eucaristía. La alegría y la vivencia de sabernos salvados, pone el acento en las celebraciones litúrgicas.

De este modo breve y sencillo, he querido exponer lo que se vive desde la fe en estos días, que después, de distintos modos, se manifestará en las calles y plazas de nuestra ciudad de Palencia. Pero, no debemos olvidar, la razón por la que tenemos una Semana Santa, y por qué celebramos las procesiones, nos vestimos de penitentes o hacemos sacrificios. Todo esto lo hacemos porque Dios, hecho Hombre..., Cristo, se entrega en nuestras manos para, con su Muerte y su Resurrección, librarnos del pecado y de la muerte. No lo olvidemos, existe el peligro de relativizar lo religioso y popular, reduciéndolo todo a una mera repetición de antiguas tradiciones, concentraciones festivas o gratos encuentros poco menos que rituales. Si de religiosidad popular queremos hablar, resulta imprescindible acercarse a esa celebración tan singular como es la Semana Santa. Unos días que marcan, para muchos cristianos, la permanencia de sus creencias religiosas vividas junto a su pueblo, a su familia, a sus gentes.

No quisiera dejar pasar esta ocasión para hacer un pequeño homenaje a las Bandas de Cornetas y Tambores de las diferentes Cofradías, resaltando lo que representan y lo que nos ofrecen; es una forma de desarrollar su creatividad, de hacer amigos, de hacer cofradía; ¿cuántos chicas y chicos han podido encauzar su talento musical, y nos han

hecho gozar a los demás? No puedo por menos que expresar mi gratitud hacia los que, durante meses, ensayan para acompañar con su música sus sagrados "pasos" titulares.

¿Y los cofrades? Un cofrade es un cristiano que ha hecho de Jesucristo el centro de su vida, y que tiene el corazón tan traspasado de sus sentimientos, que va con Él a donde haya que ir. Un cofrade es un creyente, que sabe por qué murió Jesús, y quiere colaborar con Él para salvar y redimir a los hermanos necesitados, entregándose como Jesús. Un cofrade es un penitente, consciente de sus debilidades, que quiere convertir su vida, y siente el dolor de sus pecados, piedad por la misericordia de Dios. Por eso lleva el hábito y cubre humilde su cabeza. Para que en el anonimato pueda sentir más la emoción, expresar sus sentimientos con más espontaneidad, ser más él mismo en el tumulto de la calle, al mismo tiempo que alaba y proclama a Jesús como Salvador y recuerda el momento más estelar de la historia. Mi gratitud hacia todos aquellos, niños, jóvenes o mayores, que se revisten con el hábito de penitencia de su Hermandad o Cofradía, y cubren su rostro con el capuchón para formar parte de las largas filas de anónimos penitentes, que convierten nuestras calles y plazas en templos al aire libre, donde esa forma tan sencilla y cercana de entender la fe se plasma en hermosas manifestaciones de la piedad popular.

Hoy día, felizmente, no faltan valientes que defiendan los principios y valores cristianos, la vida de los que tienen que nacer, la de los ancianos, la familia, la justicia, la verdad, la fe, la libertad, el rechazo de la traición, de la corrupción, de la deslealtad y del abuso de poder; nos enfrentamos a una inmensa crisis moral, como personas y como nación, vivimos en una sociedad que algunos quieren aproximar al laicismo, olvidando las raíces cristianas de nuestra civilización; cada día se es más permisivo con lo inmoral. Y este es el triste escenario en el que quieren que vivamos y eduquemos a nuestros hijos, en el consumismo desaforado, en la pérdida de valores, en la ausencia de autoridad y en el relativismo moral. Hoy mas nunca, tenemos que reivindicar la Semana Santa, saliendo a la calle, desprovistos de complejos y, siendo consecuentes con nuestro sentir cristiano, defender los valores que representa. Por ello, nosotros, los cofrades, mostremos a todo un pueblo agolpado en las aceras, cuánto y cómo nos ama Dios, dando testimonio de que es posible construir un mundo nuevo, su Reino. Alegrémonos y vivamos con fuerza nuestra Semana Santa. Al pueblo no se le pueden expropiar sus manifestaciones y expresiones de fe.

La vida del cristiano debe tener una honda expresión en la vivencia íntima y piadosa de la Semana Santa; siempre conviene saber la verdad, que se corrompe con la mentira, y no hay nada más desolador que la elocuencia de un hombre que no dice la verdad. Vender la mentira con la elocuencia o el poder, ocultar la verdad, es un acto deleznable, es disfrazar la mentira de verdad, y no podemos callar cuando las verdades fundamentales son agredidas; ya dijo San Agustín que “negar la verdad es un adulterio del corazón”.

Esto y mucho más es nuestra Semana Santa, mi querida Semana Santa; en ella se han puesto, y se ponen, esfuerzos y sacrificios, sentimientos, vivencias y esperanzas; no se ha regateado ni escatimado nada para, cada año, poderla celebrar nuevamente, manteniendo vivas nuestras tradiciones y costumbres que nos dejaron las generaciones pasadas, y que nosotros, debemos legar y traspasar a las próximas y venideras, ofreciéndoles valores y principios como la solidaridad, la tolerancia, la fraternidad, la comprensión y la

compasión; ... el respeto y el amor a nuestras tradiciones, a nuestras costumbres. Así aprenderán a querer a nuestra Semana Santa.

Este pregonero llega ya al final, invitándoos a vivir la Semana Santa con austeridad y pasión, pero también con alegría, a vivirla en toda su dimensión, significado, esplendor y belleza, procurando, aunque sea al menos por unos días, que nuestros resentimientos, nuestras envidias y nuestros egoísmos queden sepultados en el olvido, y den paso a la tolerancia, a la paz y al perdón para, de esta forma, asemejarnos en lo posible al que tuvo la inmensa generosidad de darlo todo por nosotros, incluso su vida.

Y ahora, pidiendo perdón por haberme extendido quizás más de lo razonable, sólo me queda agradecerles, agradecerlos, vuestra atención e invitaros a participar en las procesiones que nos aguardan, y que cada cual, a su manera, intervenga en la Semana Santa de Palencia de este año 2016, acogiendo a todos los que nos visiten, amigos o familiares, haciendo que se integren en nuestro sentir, en nuestras tradiciones, para que luego sean embajadores de nuestra querida e internacional Semana Santa Palentina.

Muchas gracias y un abrazo para todos.